

La ciudad de Guía como escenario de ficción

La nueva novela de Santiago Gil, *Las derrotas cotidianas*, convierte a su pueblo natal en uno de los escenarios protagonistas del libro

La nueva novela de Santiago Gil, *Las derrotas cotidianas*, convierte al municipio de Guía en uno de los escenarios de referencia de la trama. El último libro de Santiago Gil, editado por Anroart Ediciones, se desarrolla esencialmente en la calle Portugal, en una casa con vistas a una playa y a una avenida por la que deambulan los principales protagonistas de la trama, pero todos sus personajes guardan una relación de procedencia con la ciudad de Guía. Quienes se acerquen a este libro podrán disfrutar de una novela urbana que no cae en tópicos o en folklorismos. Hay referencias a nuestra ciudad, pero también a personajes clave de su historia como el cantautor Braulio. A continuación transcribimos algunas páginas relacionadas con nuestro municipio:

Veranos en Guía:

“Andrés no tiene que ver nada con aquel muchacho radiante, triunfador y algo chulo que llegaba a Guía todos los veranos dispuesto a comerse el mundo. Todos los años solíamos pasar el mes de agosto en casa de mi abuela, a unos veinte kilómetros de Las Palmas, y desde allí íbamos muchos días a las playas de Sardina o de Agaete, o a las piscinas naturales del Agujero o Roque Prieto, aunque a nosotros lo que realmente nos gustaba eran las piscinas municipales y también jugar en los barrancos improvisando todo tipo de juegos y de aventuras. Yo siempre iba de la mano de mi hermano, y a los dos la playa no nos importaba tanto: la teníamos todo el año delante de casa y para nosotros ya era como parte de la rutina cotidiana. Lo que nos encantaba era la libertad de unas calles en las que no había las inseguridades y los miedos de la capital, y sobre todo la posibilidad de estar en contacto con la naturaleza, jugando a descubridores de nuevos mundos entre las montañas, los riscos y las interminables fincas de plataneras en las que jugábamos al Escondite o a Policías y Ladrones.

Queríamos mucho a mi abuela. Nos encantaba estar durante horas sentados en la terraza de su casa escuchando historias que ahora, al paso de los años, me imagino que eran muchas veces inventadas o exageradas hasta límites casi increíbles o surrealistas. O quizá no; quizá formaba parte de la propia condición caribeña, africana y europea de los canarios. Sí recuerdo que casi todos los cuentos acababan llegando en algún momento a Cuba o Venezuela, lugares de los que se hablaba con la misma familiaridad y cercanía que se hablaba de los pueblos cercanos. Había mucho de magia y por supuesto de aventuras, y además mi abuela tenía el don de contar las historias añadiéndole todo el anecdotario que seduce a los niños, los detalles que hacen que un cuento no se convierta en una manida sucesión de situaciones más o menos previstas, o bien en aquel festín de sorpresas, giros inesperados y muchas licencias imposibles que acababan por convertirlos en aventuras fuera de la común. A medida que he ido leyendo a escritores como García Márquez o Juan Rulfo me he dado cuenta de la vena literaria de mi abuela y de las otras abuelas canarias, y sobre todo de las relaciones tan estrechas que hay entre las islas y el continente americano, sobre todo en cuanto a cadencias y magias cotidianas.

Mi hermano Andrés siempre se erigía en el jefe de la pandilla barranquera. Se improvisaban guirreas de piedras, ataques con espadas de madera, o conquistas de barrios enteros valiéndonos de arcos contruidos con las palmas de palmeras y lanzas de caña con algo punzante, generalmente peligrosos y puntiagudos trozos de alambre, pegado en la punta. No sé cómo no ocurrieron más desgracias. Sólo recuerdo la del chico al que le clavaron una flecha en el ojo. Casi se queda bizco de por vida. Cada día era una aventura diferente, por eso nos gustaba tanto estar en Guía.

Coincidíamos siempre con las fiestas de mediados del mes de agosto, primero las de la Virgen de Guía, el 15 de agosto, y luego las del copatrono San Roque, al día siguiente. Nos encantaba bailar con los papagüevos, y más que eso hacernos con una de las cabezas de los papagüevos pequeños. Estábamos durante horas delante

del almacén en el que estaban los gigantes y cabezudos esperando el momento del reparto. Había caraduras y abusadores que se creían con derecho a todo, pero siempre estaba mi hermano Andrés para impartir justicia y poner las cosas en su sitio. Le salía un genio y una mala leche que yo casi no le reconocía, y si tenía que darse de piñas con alguno de aquellos gznápiros no dudaba a la hora de lanzarse encima del otro como un gato. Siempre ganaba. Era nuestro gran líder, y él, claro, era tremendamente feliz al saberse un héroe. En Las Palmas, en cambio, era uno más, e incluso, dado que en los estudios no iba muy allá, era de los que casi siempre se quedaban fuera de todos los equipos ganadores. Sólo se salvaba porque jugaba muy bien al fútbol y en la playa todos lo querían en sus equipos. Quizá fue el fútbol lo único que le hizo feliz.

En verano estábamos buena parte del día metidos en las piscinas municipales. Nos gustaba más que la playa. Echábamos carreras, comprobábamos quién aguantaba más debajo del agua o hacíamos interminables guerras de salpicaduras. Luego llegábamos a casa de mi abuela y todo olía a pan y a potajes recién cocinados. Puede que fuera la etapa más feliz de nuestra vida. Nuestros padres solían venir sólo los fines de semana, y el resto de los días mi abuela nos dejaba a merced de una calle en la que sabía que los peligros no eran ni más ni menos que los que encontró ella, o que los que encontraron sus hijos durante la infancia. La anarquía y el divertimento nos acercaban cada día al paraíso.

Mi abuela murió un poco antes de lo de mi padre, y como la casa en la que vivía era de alquiler dejamos de subir a Guía para siempre. Se acabaron los veranos luminosos, pero aún no sabíamos que también estaban a punto de acabarse otras cosas más importantes.”

Referencias a Braulio:

“Me cuesta imaginar a mi madre sin que esté cantando. Todo lo que recuerdo de ella está unido siempre a las canciones que no dejaba de entonar mientras cocinaba, hacía las camas o recogía la casa. Incluso cuando se sentaba en el ático a

descansar estaba cantando. Era capaz de memorizar sobre la marcha cualquier canción que escuchaba por la radio e interpretarla inmediatamente. A mí me gustaba mucho escucharla. Le pedía que cantara a Nino Bravo, la de las Cartas amarillas, Un beso y una flor y una que se titulaba Te quiero que ella interpretaba siempre con mucho sentimiento. A veces cantaba musitando sólo las melodías, y cuando sabía que no estaba el del Bajo sí aprovechaba para subir los tonos como mismo lo hacían las cantantes que yo escuchaba en las verbenas de verano en Guía. La recuerdo cantando un Ramito de violetas de Cecilia, o algo de Perales, o una cantidad interminable de boleros que iba engarzando milagrosamente como mismo hacían los de un grupo que se llamaba La Pequeña Compañía del que mi madre tenía todas las cintas de casetes. Pero sin duda su gran ídolo musical era Braulio, un cantante de Guía al que ella había conocido de niña y que después de cosechar grandes éxitos a nivel nacional se había convertido en uno de los grandes ídolos de la música latina en todo el continente americano. De Braulio sí cantaba todo el repertorio, sobre todo sus canciones más añejas y conocidas. Todavía hoy soy capaz de rememorar las melodías y las letras de temas como Déjalo volver, Por qué coño hemos cambiado o La cerillera”.